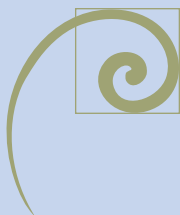


I.E.S. nº 8

Expertos y ciudadanos



Pensando juntos, construyendo libertad

Marta Aja Cobo ♦ María Olivares Cano ♦ Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas ♦ Carmen Poyato Vigara ♦ Pedro Miguel Rodríguez Ortega
Vicente Traver Centaño

I.E.S. n° 8
Expertos y ciudadanos



Pensando juntos, construyendo libertad

PROYECTO EDUCATIVO
La aventura de pensar juntos

Marta Aja Cobo
Carmen Loureiro López
María Olivares Cano
Alberto Ortega Aramburu
Severino Pérez Misas
Carmen Poyato Vígara
José Ramírez Muñoz
Pedro Miguel Rodríguez Ortega
Vicente Traver Centaño

I.E.S. nº 8
Expertos y ciudadanos

Marta Aja Cobo, María Olivares Cano,
Alberto Ortega Aramburu, Severino Pérez Misas,
Carmen Poyato Vigara, Pedro Miguel Rodríguez Ortega,
Vicente Traver Centaño

© de los textos: Sus autores

© de la presente edición:

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Apdo. 270. 28300 Aranjuez

Tel. + 34 902 197 501

Fax: + 34 925 13 70 60

Depósito Legal:

ISBN: 84-9744-040-4

Composición y Maquetación: Servicios Integrales de Edición Távora, S.L.

Impresión: Publidisa, S.A.

ÍNDICE

1: Belén, Herminia y Alicia	9
2: Alicia vuelve a casa	17
3: El profesor nuevo de Biología	21
4: Una clase diferente	27
5: Reunión en casa de Quique	31
6: Biotecnología. Diversos puntos de vista.....	35
7: Julio, Raúl y Simón	47
8: Sacando conclusiones	51
9: Ernesto recuerda un accidente	55
10: Hormigas, peces y ríos	61
11: Aprendiendo a ejercer la ciudadanía	67

EPISODIO 1

Belén, Herminia y Alicia

—¡Un ocho y medio en Física! Cuando se lo diga a mi padre, no se lo cree. Vamos, que le voy a tener que llevar un justificante. Oye, esto de estudiar las tres juntas nos da suerte, ¿eh? —decía Belén a Alicia y a Herminia mientras bajaban hacia el patio del recreo después de la clase. 5

Raquel, la profesora de Física y Química, había felicitado públicamente a Belén por su nota, sobre todo porque había estado enferma. “Para que veáis cómo el esfuerzo es la clave del éxito”, había dicho a toda la clase. Belén todavía estaba en una nube. 10

—Yo creo que la clave está en estudiar juntas —intervino Alicia—. Veréis: si no entiendes algo y te lo explican, está claro que lo aprendes mejor; pero es que si te preguntan algo y lo tienes que explicar es como si lo entendieras mejor que antes, no sé qué pasa. La pregunta de teoría, la que decían todos que era tan difícil, a mí me quedó clara explicándole a Belén el problema de la bala de cañón, ¿os acordáis? A lo mejor resulta que la colaboración y el trabajo en común dan mejor resultado que el trabajo individual. 15

—Bueno, bueno, que no es para tanto, que bien que nos lo trabajamos —dijo Herminia, un poco decepcionada porque había sacado la misma nota que Belén y se había quedado a medio 20

punto del sobresaliente, que Alicia sí había tenido—. El día antes del examen estuvimos toda la mañana en el instituto, por la tarde en casa de Belén, estudiando Física, y luego, después de cenar, yo todavía tuve que hacer los ejercicios de Inglés. Para
5 que se queje la dependienta que tienen mis padres en la tienda porque el horario comercial tiene la jornada partida. Al menos cuando va a su casa no se lleva tareas. Si es que el horario de los estudiantes es el peor que hay.

—No te creas; hay trabajos que no tienen horarios mucho
10 mejores —dijo Alicia.

—Bueno, pero por lo menos cobran, ¿no? —respondió Herminia.

—Sí, una miseria; y cuando quieren te dan la patada y te quedas sin nada: no has aprendido nada útil que te sirva como
15 experiencia, no has ganado un dinero que te compense de los años que has vivido para trabajar y hasta se te ha pasado la edad para que te contraten en algún sitio por ser menor de dieciocho años, como hicieron ellos, para ahorrarse dinero —contestó Alicia.

—Pues yo estoy deseando terminar la universidad para tener un buen puesto de trabajo y no volver a coger un libro en la vida —dijo Herminia.

—A mí también me apetece trabajar; debe de ser estupendo tener dinero, ir de vacaciones con las compañeras, tener
25 coche... —Belén parecía mirar al vacío, como soñando; después, fijando la atención de nuevo a sus amigas, continuó— Pero no estoy segura de si voy a ir a la universidad. Si paso la selectividad, puede que haga Magisterio; y si no, a lo mejor hago un módulo de Educación Infantil. Me gustan mucho los niños y, si
30 me caso y tengo hijos, conseguiré un buen horario de trabajo y todas las vacaciones libres.

—Estupendo. ¿Y tú crees que tu futuro marido se preocupará de que su horario de trabajo le vaya a permitir cuidar a los niños? —preguntó Alicia sentándose en el suelo y recostándose en la tapia del patio mientras se comía su bocadillo.

Hubo un momento de silencio. Finalmente, Herminia dijo: 5

—A mí me encantaría ser farmacéutica o dentista, como quiere mi padre. Pero es que no puedo con las asignaturas de ciencias, sobre todo con las Matemáticas. Estaba pensando en cambiarme de modalidad el año que viene para hacer luego Derecho, que creo que también tiene salidas. 10

—Sí, pero hay que estudiar un montón de años de todas formas —dijo Belén.

—Y qué le vamos a hacer —contestó Herminia. Y luego, dirigiéndose a Alicia, añadió—. Y tú... Alicia... ¿Quieres ir a la universidad? 15

Tanto Herminia como Belén conocían bien a la familia de Alicia. Su padre trabajaba en la construcción y su madre hacía horas como asistenta en diversas casas; María, su hermana mayor, había empezado a trabajar en cuanto terminó la ESO.

—Por supuesto. Yo no voy a soportar toda la vida un trabajo como el que tenía mi hermana —dijo Alicia con gran seguridad. 20

—Y... ¿Qué quieres hacer? —preguntó Herminia.

—Bueno, de todo lo que estudiamos lo que más me gusta es la Física; pero hace poco he decidido que quiero ser abogada.

Herminia la miró como si tuviera delante a un extraterrestre; finalmente dijo: 25

—Mira, yo no entiendo el encanto que le ves a la Física; pero todavía entiendo menos por qué no haces una carrera de ciencias.

—Pues porque quiero ayudar a todas las mujeres, para que a ninguna le pase lo que a María. Y a todos los que trabajan en 30

las Empresas de Trabajo Temporal –contestó Alicia con mucha firmeza.

—Puedes apuntarte a una ONG. Mis padres están en una que se llama “Amigos del Pueblo Saharaui” –dijo Belén.

5 —Pero es que yo no quiero caridad, sino justicia. Voy a llevar a los tribunales a todos los encargados y a todos los jefes de personal machistas y explotadores. Y también quiero que se prohíban las empresas de trabajo temporal.

10 Los ojos negros de Alicia brillaban de una forma muy especial. Su voz había ido subiendo de tono. Belén y Herminia la miraban impresionadas.

“Sólo me falta volver a encontrarme con ésta cuando tenga que hacer oposiciones; pobre de mí”, pensó Herminia.

15 Se quedaron un rato sin hablar; Belén se había sentado en uno de los poyetes que separaba el aparcamiento de los coches de los profesores del patio del recreo. Mientras se comía su sándwich pensaba que Alicia se pasaba mucho. Herminia, de pie junto a sus dos compañeras, tenía una sensación parecida a la de Belén. Las tres recordaban el impacto que causó en toda
20 la clase la noticia de que a María, la hermana de Alicia, no le habían renovado el contrato de trabajo que había firmado a través de una ETT después de que no quisiera enrollarse con el encargado de la empresa para la que trabajaba. Algunos no podían entender que todo aquello pudiera ser legal. Pero Belén
25 pensaba que tampoco era para tanto, que María no era la primera persona del mundo que se quedaba sin trabajo y que ya encontraría otra cosa. Herminia pensaba, además, que al que algo quiere algo le cuesta y que Olga llevaba razón en lo que había dicho: “si María decidió dejar los estudios y empezar a
30 trabajar, allá ella”. Evidentemente, los trabajos que se pueden encontrar sin estudios son siempre peores; pero si quería un

buen trabajo, que hubiera seguido estudiando, que eso tienen que hacer los demás; y luego parece que les han regalado algo... Como si no se lo hubieran ganado a pulso.

—Hija, tampoco es para tanto. Que tu hermana ha tenido mala suerte, pero no le va a pasar eso a todo el mundo. Mi padre pidió un mecánico para su taller a una E.T.T. porque tenían una racha de mucho trabajo. Estuvo un par de semanas y luego ya no hacía falta porque el trabajo aflojó. Tampoco creo yo que sea tan terrible, ¿no? En el taller de mi padre nadie se metió con él —dijo finalmente Belén. 5 10

—Pues claro. Lo que no se le puede pedir a un empresario es que contrate trabajadores que no necesita. Y a veces se necesitan sólo temporalmente. Bastante es que al menos creen empleos temporales. Además, al que no le convenga, pues que se busque algo mejor, que a nadie le obligan a trabajar si no le interesan las condiciones —corroboró Herminia. 15

—¿Ah, sí? Pues en la obra de mi padre ya son más los empleados a través de ETTs que los trabajadores con un contrato directo de la empresa. Por no hablar de los inmigrantes que no tienen ni contrato. ¿Os acordáis de Simón? Pues allí está, de peón, como su padre. Y los dos sin contrato. A Simón le llaman a veces, cuando hace falta, pero su padre está trabajando allí desde hace más de un año. Y va todos los días. 20

—Y cómo quieres que les hagan contrato si no tienen papeles. Pero peor sería que no tuvieran ni eso; a ellos les convenirá; si no, no lo aceptarían —respondió Herminia. 25

—La cuestión es si no les hacen contrato porque no tienen papeles o si la empresa busca trabajadores sin papeles para no hacerles contrato y pagarles menos que a los demás —dijo Alicia. 30

—Alicia, hija, si es que todo lo ves por el lado tremendo. Vamos a ver, ¿a que tu padre tiene contrato? —dijo Belén.

—Sí, claro, pero es que mi padre es encofrador. Y si metes a cualquiera en ese puesto tienes accidente seguro; y es muy probable que mortal –contestó Alicia con seguridad.

5 —Me parece que tiene razón Belén, que todo lo ves por el lado tremendo. Que estamos en el siglo XXI y la prevención de riesgos laborales está a la orden del día. Lo que tienen que hacer todos los trabajadores es cumplir bien con todas las normas –intervino Herminia.

10 Alicia miró a sus compañeras. Tenía la sensación de que contemplaba las cosas a través de un cristal distinto al de ellas; pero no tenía demasiadas ganas de seguir la discusión.

La conversación siguió por otros derroteros y acabaron hablando de la fiesta que iba a haber en la discoteca el sábado siguiente. Belén dijo que pensaba estrenar un jersey verde
15 pistacho que se había comprado.

—Ese tono de verde tiene que quedar muy bien con tus pantalones negros. Yo todavía no sé qué me voy a poner. Lo que sí tengo que hacer sin falta es cortarme un poco el pelo; lo tengo demasiado largo para mi gusto –dijo Herminia.

20 —Bueno, tú no tienes problemas. Vaya suerte que tus padres tengan una tienda de ropa. Si yo fuera tú, estrenaría algo todos los días– dijo Belén.

—Bueno, vámonos, que va a tocar el timbre y tenemos examen de Inglés. ¿Os sabéis bien el estilo indirecto? –dijo
25 Alicia levantándose y lanzando la pelotita del papel de aluminio que envolvía su bocadillo a una papelera cercana.

—Ay, hija, parece que te gustan más los exámenes que la ropa –dijo Belén levantándose y sacudiéndose los pantalones–. Además, no sé de qué te preocupas, si tú seguro que sacas
30 sobresaliente. ¿Qué te vas a poner para ir a la discoteca?

—Pues lo que sea, ¿qué más da? –respondió Alicia.

—La imagen es como la carta de presentación de las personas; por eso hay que cuidarla —dijo Herminia mientras contemplaba todas las señales del polvo de la tapia que habían quedado en el jersey de Alicia.

—A mí me encanta ir guapa; y también me gustan los chicos que cuidan su aspecto —añadió Belén. 5

—¿Y qué chico de la clase te gusta más? —preguntó Herminia.

—Bueno, yo no me refería a que me guste un chico, sino un tipo de chico —dijo Belén bajando la voz mientras subían por la escalera del instituto. 10

—Pues a mí me gustan los chicos con un aspecto correcto, pero no muy presumidos. Y desde luego, yo nunca saldría con un chico que llevara un pendiente o el pelo largo. A mí me gusta, por ejemplo, la imagen de Julio —dijo Herminia.

—Hija, si es un soso; a mí me gustan más modernos. Y a ti, Alicia, ¿cómo te gustan los chicos? —preguntó Belén mientras Herminia y ella reían. 15

—A mí me parece que las personas tenemos otros valores —dijo Alicia en voz baja.

—Bueno, pero por cuidar un poco tu aspecto no ibas a perder esos valores, ¿eh? —dijo Herminia. 20

EPISODIO 2

Alicia vuelve a su casa

Alicia había pasado la tarde estudiando en la biblioteca. En su casa no era fácil concentrarse. La habitación que compartía con su hermana era tan pequeña que no cabía ningún escritorio. Ella solía estudiar en la mesa de la cocina, pero su madre había anunciado durante la comida que esa tarde iba a hacer limpieza de ventanas y persianas y María había quedado en ayudarla. Alicia supuso que la cocina iba a ser algo así como el cuartel general de toda la operación. En la biblioteca tampoco había lugares de estudio de sobra, así que, en cuanto terminó de comer, cogió su mochila y se fue para llegar pronto y coger sitio. Cuando volvió a su casa, encontró a su hermana María acabando de pasar la fregona en la terraza mientras su padre veía un partido en la televisión. 5 10

—Hola. ¿Qué tal? ¿Ya habéis limpiado todo? —preguntó Alicia mientras María entraba de la terraza con el cubo de la fregona. 15

—Pues sí, menos mal. Ahora mismo acabamos de recoger entre mamá y yo. Sólo queda lavar todas las cortinas; en cuanto estén, las colgamos y listo. ¿A que da gusto ver las ventanas? —dijo María contemplando la cristalera del salón. 20

—Sí —contestó Alicia sin fijarse especialmente.

—Alicia, he hecho un camión muy chulo que nos ha mandado la de Tecnología. Anda y todo, ¿quieres verlo? Ven a mi cuarto y te lo enseño –gritó José desde su habitación.

—¿Has estudiado mucho? –preguntó el padre.

5 —Pues sí. Toda la tarde –respondió Alicia sentándose en una butaca y comenzando a desabrocharse los cordones de las botas.

—Algún día te alegrarás, cuando tengas un buen trabajo y seas alguien –dijo el padre de Alicia, que se sentía muy orgulloso de las notas que sacaba su hija.

10 —Hoy he estado hablando de eso en el recreo, con Herminia y Belén –dijo Alicia–. Hablábamos de las Empresas de Trabajo Temporal y de la seguridad en el trabajo. Ellas decían que un empleo temporal es mejor que nada y que lo que tienen que hacer los trabajadores para evitar accidentes laborales es respetar las medidas de seguridad en el trabajo.

15 —Bueno, supongo que hay que ponerse en la piel de un encofrador, que cobra buena parte de su sueldo en función de la cantidad de trabajo realizado, no por horas, ni por días, para comprender que la obligación de trabajar con arnés no se ve
20 como una medida de seguridad necesaria, sino como la norma a la que se puede agarrar el patrón cuando hay un accidente para decir que fue el obrero el que se la saltó. Como si no viera él, cada vez que va por la obra, que nadie se pone el arnés para trabajar. Por cierto, hoy mismo se han llevado al hospital al
25 padre de Simón, tu compañero del instituto. Yo no lo he visto; me lo contaron los compañeros a la salida. Parece que no es nada serio. Se cayó y se hizo daño en un tobillo. Dirían, como siempre, que había ido allí a algo, a pedir trabajo, por ejemplo, pero que no estaba trabajando en la obra.

30 —Pues estar en la piel del trabajador que no tiene ni contrato, ni papeles, puede ser bastante peor...–Alicia acabó su frase

con un aire un tanto ausente, mientras recordaba la conversación con sus compañeras.

—Seguramente –contestó su padre–. Por eso tú tienes que labrarte un porvenir, y no tendrás que aguantar todo eso.

—Eso no debería soportarlo nadie. Todo el mundo tendría que tener unas buenas condiciones de trabajo, ¿no? –dijo Alicia. 5

—¿Es que no vas a venir? –gritó de nuevo José.

—Sí, sí, ya voy. Espera un poco que voy a ponerme las zapatillas y a dejar los libros en mi habitación –contestó Alicia subiendo la voz. 10

—María, tráeme una cerveza, haz el favor –dijo el padre–. ¿Falta mucho para la cena?

—Un poco. Mamá está haciendo una tortilla. Voy a ver si quiere que la ayude –contestó María.

—¿Y Alicia? –preguntó José entrando en el salón con su camión. 15

—Aquí estoy –contestó Alicia volviendo ya en zapatillas.

—Mira mi camión.

—Oye, te ha quedado muy bien, ¿eh? –dijo Alicia contemplando cómo el camión de cartulina se desplazaba por la alfombra. 20

—Pues me han puesto unas ecuaciones que no me salen. Me tienes que ayudar luego –dijo José.

—Vale, después de cenar nos ponemos un rato –contestó Alicia. 25

—Yo no quiero cenar –dijo José.

—¿Y cómo vas a cenar, con la merienda que te has metido? –contestó María entrando de nuevo en el salón con la cerveza para su padre–. Luego te hago un vaso de leche. Y recoge el camión, que ya sabes que ha dicho mamá que como vea trastos en medio los tira a la basura. 30

—No son trastos; y cuando enseñe a Alicia mi camión me lo llevaré otra vez a mi habitación.

—Eso espero –dijo María mientras iba poniendo la mesa–.
Aparta un poco la butaca, Alicia, que no se puede pasar con la
5 mesa abierta.

EPISODIO 3

El profesor nuevo de Biología

Mercedes, la profesora de Biología, estaba de baja y llevaban varios días sin clase.

—Bueno, está bien esto de tener una hora de relax de vez en cuando, en medio de tanto rollazo –dijo Ernesto estirándose todo lo largo que era–. A ver a quién le toca hoy de guardia. Mientras no sean Rosa o Raquel... 5

—Oye, podríamos aprovechar para preparar el trabajo de Lengua –sugirió Norberto.

—Yo paso, tío. Que falta mucho para que lo tengamos que entregar. ¿Quién se apunta a jugar al ahorcado? –contestó Ernesto. 10

En el otro extremo de la clase Felipe estaba invitando a Irene y a Herminia a que fueran a verles jugar el próximo partido de baloncesto. 15

—Nos toca contra el instituto León Felipe; los vamos a machacar. Y después del partido podemos ir a tomar algo –decía Felipe con gran entusiasmo.

—Bueno, yo había quedado con Dory, aunque no teníamos ningún plan concreto –dudó Irene–. Dory, ¿qué te parece si vamos a ver jugar a éstos? 20

—Vale.

—Bueno, y si se anima más gente no pasa nada, ¿eh?
—añadió Quique.

En ese momento entró Raquel, que este curso desempeñaba el cargo de Jefa de Estudios, con un desconocido.

5 —Silencio, por favor. Os presento a Javier. Será vuestro profesor de Biología hasta que se incorpore Mercedes. Así que ya podéis portaros bien y aprovechar las clases para recuperar el tiempo perdido. Te dejo con ellos, Javier. Por cierto, aquí tienes el plano del instituto para que encuentres luego el resto
10 de las clases. Adiós, muchachos.

—Se nos acabó el chollo —murmuró Julio a Ernesto—. Oye, ¿has visto las pintas que trae? Para que luego la plasta de Lengua esté siempre con que tenemos que quitarnos el chándal después de la clase de Educación Física.

15 Javier llevaba el pelo largo y recogido en una coleta; una espesa barba y un enorme jersey de diversos colores completaban una imagen poco frecuente entre los profesores.

—Buenos días; la verdad es que no sé muy bien qué os voy a contar hoy...

20 —Cualquier cosa menos un corte geológico —dijo Dory—. ¿Se va a quedar mucho tiempo?

—Lo más probable es que hasta final de curso. Por lo visto tienen que operar a vuestra profesora.

Se hizo un silencio en la clase. Herminia recordaba el
25 momento en que habían entrado en el aula Raquel y Javier y pensaba en el contraste del aspecto de los dos. Ella se quería hacer el mismo corte de pelo que su profesora; siempre le había gustado su media melena tan sencilla como correcta. Raquel, con su traje de americana y pantalón, su jersey de
30 cuello de cisne y sus zapatos de medio tacón, sí parecía una profesora; y no este sujeto...

—Oye, esto de la Biología se va a volver más interesante, ¿no crees? –murmuró Clara a Dory, sentada a su lado, mientras observaba atentamente a Javier que acababa de sentarse sobre la mesa y paseaba su mirada por toda la clase.

—Yo no sabía que había biólogos así –asintió Dory. 5

—No, si haberlos los habrá, pero es que a los profes que mandan a este instituto parece que los sacan de un concurso de feos –dijo Clara.

—Pues éste se les ha colado –contestó Dory.

—Perdonad, no he oído lo que decís –dijo Javier mirando a Clara y a Dory. 10

—Más vale –contestó Felipe, sentado detrás de las dos, con una risita y dando un codazo a Norberto.

—Tú te callas, imbécil –dijo Clara dándose la vuelta y lanzando a Felipe una mirada asesina. 15

—No, si no era nada de la clase –dijo Dory muy seria dirigiéndose a Javier–. Cosas nuestras.

—Bueno, pero me gustaría que me sugirierais algo para hacer hoy. Acabo de llegar al instituto y ando un poco perdido –dijo Javier.

—¿Es la primera vez que das clases? –preguntó Quique. 20

—Sí. Se nota mucho, ¿verdad? –dijo Javier.

—Pues no te preocupes, que nosotros te instruimos. Para ser buen profesor hay que aprobar a todos, no poner tareas y no soltar rollos –dijo Irene.

Todos rieron. 25

—Bueno, pero, ¿qué son rollos? –preguntó Javier mientras se iban apagando las risas.

—No sé por qué, pero éste me recuerda a Venancio –murmuró Olga a Juan.

—Pues mira: aquí tienes rollos de todos los tipos –dijo Clara sacando una gordísima carpeta de apuntes–, desde las deriva- 30

das hasta los phrasal verbs pasando por el teatro del Siglo de Oro.

—Así que no os interesa nada de lo que estudiáis... Y, entonces, ¿por qué estudiáis?

5 —Lo que te digo: que se ha cruzado con Venancio por el pasillo y le ha pegado el virus —dijo Olga de nuevo a Juan en voz baja.

—Pues buena nos espera —contestó Juan—. Casi prefiero a Mercedes.

10 —¿Y por qué trabajas tú en esto? ¿No decís todos los profesores que no hay quien nos aguante, que ya no hay calidad en la enseñanza y que lo único que hacéis es domar fieras? —preguntó Clara.

—Bueno, no sé lo que dirán los demás; yo, de momento, no puedo decir mucho.

15 —Vale, pero, ¿por qué estudiaba en la universidad? ¿O es que allí no soltaban rollos? —preguntó Ernesto.

—La verdad es que sí había bastantes rollos; pero también había cosas muy interesantes. Algunas de ellas han llegado a ser fundamentales en mi vida y espero que sean las que den
20 sentido a esto de ser profesor —contestó Javier.

—Los profesores lo que tienen que hacer es dar su materia y guardarse su vida para ellos —intervino Juan.

—No te pases, que no se puede decir que sea muy agradable el típico profesor que llega, mete el rollo, pone exámenes,
25 califica y adiós muy buenas. Como Teresa; nos ha dado clase a la mayoría de nosotros desde primero hasta tercero de la ESO y ahora te la encuentras por el pasillo y no te da ni los buenos días —dijo Belén.

30 —No, si hasta cuando nos daba clase. Si habías estado enfermo se ocupaba del justificante; pero no se dignaba preguntarte si ya estabas bien —añadió Norberto.

—Ni falta que hace, que esto es un instituto, no un consultorio sentimental –contestó Julio.

—Y cuando Venancio propuso en 4º de la ESO aquella actividad extraescolar para el Día de Derechos Humanos en que la tenían que participar varios departamentos, hubo profesores de Matemáticas que sí colaboraron y prepararon estadísticas sobre la tasa de alfabetización en países europeos o africanos o sobre las diferencias entre hombres y mujeres. Pero Teresa dijo que ella venía aquí a explicar Matemáticas y no a meterse en esos asuntos –dijo Alicia. 5 10

—Exactamente; eso es lo que tenían que hacer todos los profesores, que así saldríamos de aquí más preparados –añadió Olga.

—Lo que faltaba por oír, ¿y cómo es que tú haces colección de roscos en Matemáticas, si tanto Teresa como Ramón son de los que se limitan a explicar y a poner exámenes? –preguntó Alicia. 15

—Tú te callas, que aquí estamos analizando un tema y no cuestiones personales, ¿vale? –respondió Olga dolida-. Claro que esto pasa por ponernos aquí a hablar de lo que no debemos. Si estuviéramos dando clase como es debido, luego no habría prisas para dar la materia corriendo y suspenderíamos menos. 20

—Entonces, ¿yo no debería consultaros a vosotros sobre la forma de dar la materia? –preguntó Javier. 25

—Pues no –contestó Ernesto-. ¿No es usted el profesor? Pues usted sabrá cómo hay que dar la Biología. Yo sólo le puedo decir que para diálogos de besugos ya nos basta y nos sobra con las clases de Filosofía.

—Bien; pues el próximo día os daré una clase de Biología con la metodología que yo considere oportuna, que para eso 30

soy el profesor. Siento que hayáis perdido el tiempo; sin embargo yo he aprendido mucho. Gracias –dijo Javier; el final de su frase apenas se oyó a causa de la estridente sirena seguida del inmediato ruido de sillas.

5 —Oye, ¿de verdad es la primera vez que das clases?
—preguntó Quique acercándose a Javier, mientras sus compañeros salían precipitadamente al recreo.

10 —Bueno, en un instituto sí; pero he hecho muchos talleres y he participado en muchas campañas educativas y de concienciación en otros ámbitos –contestó Javier.

—Se nota –intervino Alicia, que había oído la conversación al pasar junto a ellos.

—¿Ah, sí? –preguntó sorprendido Javier.

—Pues sí. ¿Y en dónde has hecho todo eso? –dijo Quique.

15 —En Ecologistas en Acción –contestó Javier.

EPISODIO 4

Una clase diferente

—Buenos días –dijo Javier–. Antes de empezar con las actividades que os traigo preparadas me gustaría sondear los conocimientos que tenéis sobre el tema que vamos a tratar. Voy a ir haciendo preguntas; cuando queráis, podéis intervenir. ¿Alguien puede decirme qué son las semillas transgénicas? 5

Felipe levantó el brazo:

—Son semillas producidas en un laboratorio; se les cambian algunos de sus genes para que resistan a los insectos, o para mejorar la calidad de algunos productos agrícolas. 10

—Oye, pues yo he oído alguna cosa menos optimista, ¿eh? El otro día dieron en la tele una película, *Las semillas de la discordia* se llamaba. Allí salían opiniones muy diferentes y las cosas no estaban tan claras –intervino Dory. 10

—¿Vosotros tomáis productos transgénicos en vuestra alimentación cotidiana? 15

—Pues cualquiera sabe. En la frutería los tomates y las patatas se venden sin etiquetas –dijo Irene.

—¿Y en los productos envasados y etiquetados leéis las etiquetas? –siguió preguntando Javier.

—Pues yo no, la verdad –dijo Herminia. 20

—¿Sabéis si hay alguna ley que obligue a hacer constar que hay productos transgénicos entre los ingredientes?

—Tiene que haberla. ¿No obligan a poner los grados y la denominación de origen en los vinos? Pues lo mismo. El que quiera que consuma productos transgénicos y el que no, pues que compre productos naturales. Y el que no se moleste en leer
5 las etiquetas, pues allá él —dijo Herminia.

—Lo que dices parece muy razonable, ¿cómo te llamas?
—preguntó Javier.

—Herminia.

—Bien, Herminia, ¿y tú tienes información sobre las ventajas
10 y los riesgos de los productos transgénicos? ¿Y sobre lo que dice la legislación al respecto en la actualidad? —continuó Javier.

—Pues no —dijo Herminia.

—¿Y los demás? —preguntó Javier paseando la mirada por
15 toda la clase.

Nadie parecía muy enterado.

Bueno, os he traído diversos materiales. Vamos a dividir la clase en grupos y cada uno trabajará sobre un tema; luego los pondremos en común. Los temas son los siguientes —Javier iba
20 escribiendo en la pizarra al tiempo que enumeraba en voz alta.

La biotecnología; un medio para acabar con el hambre en el mundo y fomentar el desarrollo sostenible.

Riesgos de la biotecnología: sanitarios, ecológicos, socio-políticos y humanos.

25 *Legislación europea y española sobre organismos modificados genéticamente (OMGs) y sobre patentes biotecnológicas.*

¿Qué dicen las etiquetas de los productos alimenticios que consumimos? ¿Y qué dicen los servicios de información al consumidor?

30 Para los tres primeros grupos traigo algunos libros y artículos. El cuarto grupo realizará un trabajo de campo recogiendo

etiquetas, haciendo estadísticas y escribiendo cartas para pedir información. Quiero que dividáis la clase en cuatro grupos y que cada uno elija el tema que más le guste. Dedicaremos un tiempo a prepararlo aquí, en clase, pero también tendréis que trabajar en casa. Y tendréis que buscar información en internet, en los medios de comunicación... Luego cada grupo contará sus conclusiones a los demás; finalmente intentaremos ver si tenemos las ideas más claras que ahora respecto de estos temas. 5

—¿Y no habíamos quedado en que los diálogos de besugos los íbamos a dejar para la clase de Filosofía? En esta materia habrá un programa que dar, ¿no? —preguntó Juan. 10

—Por supuesto —contestó Javier—. Te garantizo que todo esto se incluye en los contenidos de esta materia y estas actividades encajan perfectamente en lo que está escrito en la programación del departamento. Y en los temas transversales de la Educación Secundaria también. 15

—¿Ah, sí? ¿Entonces, por qué Mercedes nunca se metía con estas chorradas? —preguntó Olga.

—Eso tendrás que preguntárselo a Mercedes —contestó Javier.

—Pues a mí me gustaba más lo que hacíamos con ella —añadió Juan. 20

—Bueno, pero el otro día habíamos quedado en que el profesor tiene que dar la clase como le dé la gana a él ¿no? Pues al que no le guste, que se aguante, que no hay que perder el tiempo en hablar de lo que no debemos —dijo Quique—. Yo, personalmente, me alegro del cambio. 25

—Pues yo también. Y me apunto al grupo de la legislación —añadió Alicia—. ¿Quién quiere trabajar conmigo?

Se armó un buen revuelo mientras se organizaban los grupos y luego algunos recibieron entusiasmados los materiales y la orientación de Javier mientras otros no disimulaban su desinterés. 30

EPISODIO 5
Reunión en casa de Quique

—Hola. Pasad. Sois los primeros en llegar –dijo Quique.

—Buenas tardes –dijo el padre de Quique desde la cocina; como la puerta estaba abierta, se le veía desde el recibidor–. No salgo a daros la mano porque estoy limpiando pescado.

—No se preocupe –contestó Julio. 5

—Voy a cerrar, que nos hemos dejado la puerta de la calle abierta. Irene, casi te doy con la puerta en las narices; pasa, que acaban de llegar Julio y Olga –se disculpó Quique.

—Así que os ha tocado nada más y nada menos que dictar sentencia sobre los productos transgénicos, ¿no? –preguntó el padre de Quique. 10

—Pues sí; resulta que no es bastante con haber reunido una montaña de etiquetas, habernos enterado de lo que son las grasas hidrogenadas, el almidón de maíz modificado y no sé cuántas más cosas; haber escrito a mil sitios de información al consumidor y hasta hacer un mural que encima van y cuelgan en el recibidor del instituto –se lamentó Olga. 15

—Menudo cachondeo se traen mi primo y sus compañeros de 1º de la ESO; dicen que si en bachillerato volvemos a hacer “chorraditas” como las que se hacían en primaria. Si es que encima a las listas de Inés y Dory no se les ocurre otra cosa que 20

poner nuestros nombres y apellidos; para que a nadie le quede la duda de quiénes somos –añadió Julio.

—Pues a mí no me parece ninguna “chorrada”. Yo creo que las estadísticas que hemos hecho sobre algunos aditivos y
5 sobre todo, las respuestas que hemos recibido cuando preguntábamos si nos podían garantizar que un producto no contenía ningún ingrediente transgénico son muy reveladoras; yo he aprendido bastante y no tengo ningún problema porque mi nombre figure en el mural. Y también me parece muy bien que,
10 después de oír la exposición de los otros tres grupos sobre las ventajas de los transgénicos, sobre sus riesgos y sobre la legislación existente, intentemos llegar a una conclusión –intervino Quique.

—Pues ya podías juntarte con Inés y Dory y hacerlo todo los
15 tres, ya que os lo pasáis tan bien –contestó Olga.

—Sí, y que los niños de la ESO se rieran de vosotros –añadió Julio.

—Oye, que los de la ESO se reían de que las letras del título estaban torcidas y el cartel que nos pusieron al lado del
20 mural decía que en primaria, con una regla, las saben hacer muy derechitas; además, para que se notaran bien, Raúl las pintó de naranja fosforito –dijo Irene.

—Bueno, venga, vamos a ver si preparamos todo mientras llegan los demás. Vamos a abrir la mesa, que cabremos mejor
25 –dijo Quique retirando las sillas.

—¿Y no molestaremos a tu familia si nos ponemos en el salón? –preguntó Irene.

—No. Mi hermano pequeño está en una excursión con el colegio; el mayor en la facultad, y no vuelve hasta por la noche;
30 y mi madre ha ido a una asamblea de la Plataforma para la Defensa de la Sanidad Pública. Así que sólo queda mi padre y

ya me ha dicho que podemos ponernos aquí para estar más cómodos, que él va a corregir exámenes en la habitación que tenemos para estudiar. Voy a abrir, que llaman a la puerta –dijo Quique, mientras salía hacia el recibidor.

—¿Es que el padre de Quique es profesor? –preguntó Olga. 5

—Sí, da clases de Historia en el instituto del polígono –contestó Julio.

Eran Herminia, Dory e Inés las que habían llamado a la puerta y Quique entró con ellas de nuevo en el salón.

—Ya sólo falta Raúl –dijo Julio-. ¿Le esperamos? 10

—No, que siempre llega tarde; además, para lo que va a hacer... –contestó Herminia.

—Pues venga, empezamos y, cuando llegue, que se incorpore a lo que estemos haciendo –dijo Inés.

EPISODIO 6

Biotecnología. Diversos puntos de vista

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa? –preguntó Pedro, el padre de Quique, entrando con una bandeja llena de refrescos y un plato con sandwiches–. Quique, haz el favor, trae otro plato de sandwiches de la cocina, que no podía con más. Lleváis aquí dos horas; vais a acabar echando humo por las orejas. 5

—Pues después de dos horas, todavía no nos hemos puesto de acuerdo –dijo Irene–. No hay unanimidad sobre si la biotecnología va a permitir producir más alimentos o si resulta que los riesgos son mucho mayores que los beneficios. 10

Raúl entró junto con Quique, que traía el segundo plato de sandwiches, a tiempo de oír a Irene. 10

—Buenas tardes; ya veo que llego a tiempo de intervenir; ¿es que no les has sacado el artículo ese de Shapiro que deja claro que gracias a los transgénicos puede aumentar la producción de alimentos con menos superficie cultivada? –preguntó Raúl dirigiéndose a Julio–. ¿O es que no os importa que la gente se muera de hambre o que estemos talando más y más selvas?. 15

—No, rico, si no hace falta que nos lo saque Julio porque ya oímos todos a Ernesto cuando lo expuso en clase; sólo que también oímos a Santi cómo le había rebatido Kimbrell; y sobre eso llevamos discutiendo dos horitas, que habíamos quedado a las cuatro y media –contestó Herminia. 20

—Pues me alegro de no haber venido primero si no habéis hecho más que eso, porque yo lo tengo muy claro –contestó Raúl tranquilamente.

5 —Bueno, pues los torpes vamos a ver si recapitulamos: yo creo que no hay unanimidad y que lo que podemos hacer es elaborar un listado de argumentos a favor y en contra de cada una de las dos posturas. Pero a mí me parece que hay algo en lo que sí estábamos todos de acuerdo –dijo Dory.

10 —¿Ah, sí? Pues ilumíname porque yo tengo un cacao mental que no me aclaro –dijo Irene.

—Vamos a ver: todos considerábamos que, tenga razón quien la tenga, y en eso no nos ponemos de acuerdo, cada uno tiene derecho a decidir por sí mismo si quiere consumir productos transgénicos o no; y que etiquetar con rigor y no permitir mezclar los productos transgénicos con otros que no lo son no impide a Raúl consumirlos; tampoco me impide a mí no consumirlos. Pero si se mezclan y no se etiquetan, a Raúl le daría lo mismo, pero yo saldría perjudicada, puesto que no podría evitar consumir lo que no quiero consumir. Y creo que también estamos de acuerdo en que, si una entidad privada fabrica un producto y no reparte beneficios con todos cuando las cosas van bien, también debe hacerse responsable de todos los daños que pueda producir si las cosas van mal –continuó Dory.

25 —Bueno, pues parece que sí habéis progresado algo, ¿no? –intervino Pedro.

—Pues no; porque estáis utilizando mi nombre pero yo no estaba aquí y no he dicho nada, así que no acepto esa conclusión –dijo Raúl mientras se comía un sándwich de queso.

30 —Raúl, tú sólo servías de ejemplo porque, aunque acabas de llegar, sí has dejado claro lo que piensas; pero no importa,

supón que el lugar de tu nombre hemos puesto el de Julio. Sin embargo, hay otro problema más grave que el que plantea Raúl; por desgracia, lo que nos ha dicho Dory es la forma en que podríamos elaborar la conclusión. Pero todavía no la hemos elaborado –dijo Quique. 5

—Efectivamente; pero algo es algo. Yo propongo un procedimiento: vamos a analizar cada uno de los argumentos que hemos discutido en estas dos horas pero sin repetirnos, sin interrumpirnos y analizando sistemáticamente lo que dirían todos sobre ese aspecto, independientemente de lo que pensemos cada uno. Yo me ofrezco a hacer de secretaria, voy anotando todo y Herminia que modere. Luego intentamos sintetizar los puntos en los que podríamos estar de acuerdo todos. Venga y, si alguien se enrolla con cosas que no vienen a cuento o repite lo que ya se ha dicho, le cortas la palabra inmediatamente, Herminia, que si no nos tenemos que quedar a dormir aquí –dijo Irene con firmeza. 10 15

Nadie se atrevió a rechistar y Herminia e Irene cogieron papel y bolígrafo.

—Bueno –dijo el padre de Quique–, yo os dejo antes de que empecéis para no interrumpiros luego, que veo que tenéis un arduo trabajo por delante. Por cierto, que me encantaría conocer esa conclusión, si queréis contármela; promete ser interesante. Me gusta el trabajo que estáis haciendo. 20

—No, si hay gustos para todo –dijo Olga mordiéndose la lengua; pero le hubiera gustado soltar lo que solía decir su abuela en esos casos “hay gustos que merecen palos”. 25

—Voy a ver si me han traído unos libros que tengo encargados. Os quedáis solos –se despidió Pedro. 30

—Hasta luego, papá.

—Adiós.

—Adiós, y gracias.

—A ver; ¿quién quiere empezar? —preguntó Herminia— Raúl.

—Aquí es que parecéis tontos, porque el mejor argumento ya os lo he dado yo, pero parece que no os enteráis.

5 —En primer lugar, ya te hemos dicho que ese argumento no les parece a todos tan brillante como a ti; pero, como algunos tienen “razones” contra él, no necesitan recurrir a los insultos; así que lo que nos gustaría es que alguien presentara el argumento, aunque ya lo conocemos y ya lo han defendido aquí
10 Julio y Olga mientras tú te echabas la siesta —cortó Herminia; y añadió dirigiéndose a Irene—. Y tú no copies nada de todo esto, que volvemos a empezar. Julio, la tuya ha sido la mejor argumentación que yo he oído esta tarde para la tesis que ahora nos trae Raúl, como si fuera una novedad. ¿Nos haces el favor
15 de empezar intentando ser breve y claro?

 —Bueno, yo creo que la argumentación a favor de la biotecnología es la siguiente: mientras haya hambre en el mundo la prioridad absoluta es incrementar la producción de alimentos, sobre todo si tenemos en cuenta que la población mundial
20 sigue creciendo. Además estamos ante un escalón más del proceso que empezó el hombre de la prehistoria cuando inventó las herramientas o, incluso, la agricultura, en vez de limitarse a recolectar lo que se encontraba; eso se llama progreso. A la larga, las grandes explotaciones agrarias, con tecnología
25 moderna, podrán alimentar a toda la humanidad y todos saldrán beneficiados. Y serían precisamente los ecologistas los que tendrían que defender una agricultura capaz de alimentar a la humanidad sin seguir talando selvas y bosques. Y por si todo esto fuera poco, los cultivos resistentes a insectos y
30 plagas hacen innecesarias las grandes cantidades de productos químicos que contaminan los suelos y pasan a las aguas. No

me extendiendo más porque no se trata de eso. Pero el que quiera más información la puede consultar en Internet. La empresa Monsanto tiene una página muy interesante y completa.

—Bueno, pues yo voy a intentar contestar a alguna cosa igual de bien que lo ha hecho Julio en su exposición –dijo Dory–. A mí no me parece que la solución al hambre del mundo esté en la biotecnología por varias razones: la causa del hambre no es la escasez de alimentos, sino la dependencia alimentaria, la especulación y las guerras. En Europa y EEUU se destruyen excedentes alimentarios para que no bajen los precios. Y en Brasil crece el producto interior bruto y cada vez hay más grandes superficies dedicadas a cultivar soja transgénica que se exporta al Norte; pero también hay cada vez más campesinos sin tierra y en la miseria. O sea, que los ricos cada vez son más ricos y los pobres cada vez más pobres. Por lo menos eso cuenta Sutcliffe en *El incendio frío; hambre, alimentación y desarrollo*; acordaos del texto que nos dio Santi en su exposición. Además, la página de Monsanto que cita Julio no parece ser la única versión de las cosas; no hay más que consultar la de Greenpeace.

—Pues a mí eso no me convence; a ver si ahora vamos a responsabilizar a la agricultura avanzada de todos los males. Si en el Brasil no hubiera tantas plantaciones modernas de soja, habría más hambre y se estaría terminando con la selva del Amazonas mucho más deprisa –intervino Olga.

—Bueno, yo no creo que los yanomamis sean los que destruyen la selva. La selva se la cargan las grandes multinacionales, igual que los apaches no acabaron con los búfalos en el norte de América pero el hombre blanco sí. La cuestión es si ese precio merece la pena y si de verdad esas plantaciones de soja o el terminar con los búfalos beneficia a todos, empezan-

do por los indígenas del Brasil o de los EEUU o si sólo benefici-
cia a unos pocos. Y a mí me parece que los indígenas de EEUU
no se han beneficiado tanto de formar parte del país más “avan-
zado” de la tierra, puesto que ya hay que buscar indígenas con
5 lupa. Los búfalos no fueron el único precio; la factura también
incluyó seres humanos. No obstante, Olga, yo sí creo que pode-
mos encontrar ejemplos que favorecen tu tesis más que la soja
del Brasil. En Nicaragua y Costa Rica la población se alimenta
de yuca fundamentalmente. Una investigación financiada con
10 fondos de la Cooperación al Desarrollo ha permitido producir
una yuca modificada genéticamente con más aminoácidos
esenciales de forma que la alimentación de esas personas sea
más completa. Y algo parecido se está haciendo con la batata
que consumen muchos países tropicales pobres. ¿No os acordáis
15 del texto que nos presentó Ernesto, que estaba en inglés,
de una tal Moffat? –dijo Dory.

—Claro –interrumpió Raúl—. Ese texto se lo dio Javier a
Ernesto en inglés; para que no nos enteremos, ¿no te jode?

—Pues eso no debería ser un inconveniente para los “listos”,
20 que no tenía más que doce líneas y no eran tan difíciles de
traducir, aunque Ernesto no se tomara la molestia. Mira como
Dory sí se ha enterado y eso que es torpe –ironizó Irene.

—Tú te callas que lo que tienes que hacer es copiar. ¿Para
qué te ofreces de secretaria? –contestó Raúl.

25 —Tienes razón –dijo Herminia—. Pero tú tampoco puedes
hablar porque no has pedido la palabra. Inés, te toca a ti.

—Ahora ya no sé lo que iba a decir; pero un tema que me
parece que habría que analizar es el coste ecológico de la agri-
cultura tradicional y de los cultivos transgénicos. A largo plazo,
30 el agotamiento o la destrucción de los recursos naturales sí
perjudicará a todos –dijo Inés.

—Pues va a ser difícil sacar algo en claro porque tanto los defensores de los transgénicos como los de la agricultura tradicional pretenden tener enormes ventajas ecológicas, así que haced el favor de exponer los argumentos de las nuevas tecnologías agrícolas primero y los de la agricultura ecológica alternativa después. Y apunta bien, Inés. ¿Quién va a defender la primera posición? —preguntó Herminia. 5

—Yo misma —dijo Olga—. La biotecnología permite aumentar el rendimiento por hectárea evitando la deforestación para obtener nuevas tierras de cultivo; las semillas resistentes a las plagas evitan el uso de insecticidas y otros productos químicos que contaminan. 10

—Desde el punto de vista contrario se niega que el rendimiento por hectárea sea mayor. Lo que sucede es que se externalizan costes —dijo Dory. 15

—¡Eh, para! ¿Qué significa eso? —interrumpió Olga.

—Pues que no se contabilizan como costes de producción los posibles efectos negativos que esos cultivos pueden suponer para la salud o el medio ambiente. Por otra parte, también negamos que se vaya a disminuir la contaminación química: Monsanto modifica las semillas transgénicas que ha patentado para que resistan al herbicida Roundup (que también es de Monsanto; vaya casualidad). Así que los agricultores pueden echar Roundup por toneladas; los productos crecen sin problemas. El problema es que se incrementa la cantidad de productos químicos que reciben el suelo y las aguas. Y, lo que es más grave, ¿es posible que esos productos químicos que no impiden el desarrollo de la planta queden en ella, aunque no la hagan daño, y nos los estemos comiendo? A nosotros no nos han modificado genéticamente para resistir al Roundup. Y, sobre todo, ¿debe Monsanto demostrar que ni sus semillas ni 20 25 30

sus herbicidas son dañinos antes de comercializarlos o debemos permitir su comercialización hasta que se demuestre que son perjudiciales?

—Muy bien, Dory; pero te has dejado una cosa. Acuérdate
5 de la contaminación biológica que, según parece, es mucho más peligrosa que la química porque al menos ésta no se reproduce. Pero, ¿qué pasa si liberamos al medio ambiente un organismo modificado genéticamente? Puede cruzarse con otras especies, mutar, extenderse... Es una ruleta rusa. ¿Y si se
10 acaban convirtiendo en plagas? —añadió Quique.

—Oye, que la vida es algo natural, no un peligro. Se alteran los genes, pero no para hacer monstruos. Si es como en los alimentos transgénicos. No nos comemos los genes; nos comemos el maíz —dijo Julio.

15 —Bueno, ¿has tomado notas, Irene? Pues venga; a ver si alguien se anima a decir algo en lo que sí podamos estar de acuerdo todos, para variar —intervino Herminia—. Quique.

—Vamos a ver; voy a ir leyendo algunas frases que he escrito y todos me decís si estáis de acuerdo. Si alguien no acepta
20 alguna, la quitamos —propuso Quique.

—Estupendo —dijo Irene—. Eso me facilita el trabajo.

—Es bueno utilizar los fondos de cooperación al desarrollo para investigar sobre la yuca y la batata transgénicas que permiten alimentar mejor a grandes masas de población del
25 Tercer Mundo. ¿Conformes todos? —preguntó Quique paseando la mirada por sus compañeros— Seguimos. Es malo investigar la forma en que una semilla transgénica puede alterarse para que sea estéril en la segunda generación; así lo que se consigue es empobrecer a los campesinos que deben volver a
30 comprar las semillas cada año y enriquecer a Monsanto o a la multinacional que haya patentado esas semillas. ¿Conformes?

—Bueno, vale –dijo Olga– pero que conste que no todas las semillas transgénicas son semillas Terminator y que eso no las invalida a todas.

—Pero sí rebate el argumento de que el objetivo de Monsanto sea acabar con el hambre en el mundo –contestó Dory. 5

—Aunque su objetivo sea ganar dinero, que es legítimo, porque nadie trabaja gratis, eso no impide que, de paso, ayuden a incrementar la producción de alimentos –dijo Julio.

—Bueno, sigue, Quique –dijo Herminia. 10

—Todo ciudadano tiene derecho a decidir por sí mismo si quiere consumir productos transgénicos o no. ¿Vale? Y esto requiere que las leyes exijan un etiquetado distintivo, cosa que no hacen en la actualidad.

—Vale –dijo Julio. 15

—Vamos a lo siguiente –continuó Quique–. Ninguna entidad privada tiene derecho a externalizar costes. Cuando hablamos de progreso, de incrementos de producción, etc. vamos a contabilizar también los daños que a veces se producen. Y la contaminación química que conlleva la nueva agricultura o el incremento de la erosión del suelo que producen los monocultivos a gran escala también tendrían que ser tenidos en cuenta. 20

—No; eso no vale. Para eso hay leyes. Si una empresa contamina, que pague sus multas. Pero mientras no infrinja ninguna ley, puede hacer lo que quiera; a ver si ahora vamos a intentar frenar la iniciativa y el progreso; eso sería peor para todos a la larga. Además, que yo sepa, la erosión del suelo comenzó en el Neolítico cuando empezamos a cultivar los campos; y el que no lo asuma tendría que estar dispuesto a volver a hacerse cazador y recolector, que habrá que ver si eso no perjudica también el medio ambiente –dijo Julio. 25 30

—Bueno, pues eso no vale; no lo apuntes, Inés, que no estamos todos de acuerdo.

—Otra cosa: la propiedad pública de las patentes de la vida, ¿nos garantizaría mejor que se utilizaran para un buen fin? A mí me da miedo pensar lo que podría haber pasado si algunos (los nazis, por ejemplo) hubieran podido intervenir en la alteración del código genético de los seres humanos sin contar con nadie más –añadió Quique.

—Y dale con los nazis. Ahora todo el mundo ve nazis por todos los lados. Que hace mucho que se acabó ese peligro –dijo Raúl.

—Pues yo cada vez veo más cabezas rapadas –contestó Inés.

—Bueno, que nos desviamos y es tarde –cortó Julio–. Yo no creo que la propiedad pública garantice nada porque no tienes más que ver cómo van todas las empresas públicas. Un desastre. Es la competitividad y el afán de superación de la empresa privada lo que hace mejorar la productividad, el rendimiento y los resultados.

—Pero la sociedad tiene derecho a controlar de alguna manera lo que hace una empresa privada si puede tener consecuencias para todos –añadió Inés.

—Ya, ya; es evidente que nadie tiene derecho a hacer una carretera por donde le venga en gana o a tirar residuos donde le apetezca; habrá que respetar ciertas leyes. Pero vamos a ver qué entendéis por “control”, porque, según tú, Quique, el control es la propiedad pública, y eso ya no lo admito. Que haya unos límites para la actividad de las empresas privadas, vale; que deben responsabilizarse de las consecuencias de lo que hagan cuando incumplan las leyes, también vale. Pero nada más –dijo Julio.

—Pues yo no estoy de acuerdo. Creo que tan arriesgado es no poner límites a la libertad individual como aceptar que la

ciencia y la técnica queden fuera del control democrático –dijo Quique.

—Bueno, pues tampoco sirve. No lo consideres en los acuerdos, Irene. Ahora tienes que redactar la conclusión; y andando, que yo ya estoy harta –dijo Herminia. 5

—¿Redactar yo la conclusión? ¿Y por qué? –preguntó sorprendida Irene.

—Pues porque para eso te ofreciste para hacer de secretaria. Venga, vámonos a tomar algo, que ya está bien de discutir sandeces –dijo Raúl levantándose. 10

—Si quieres, te ayudamos, Irene –se ofreció Quique.

—Vale, pero, por favor, mañana, que yo ya no puedo más. ¿Quién quiere quedar mañana?

Inés no podía porque tenía cita con el dentista, pero Dory sí se ofreció a colaborar, además de Quique. Los demás salieron atacando. 15

—A ver, pásame tus notas, Irene, por favor –pidió Inés–. Sí, creo que entiendo tu letra. Como yo no voy a poder venir, propongo una cosa: esta noche, después de cenar, intento redactar un primer borrador y os lo envío por correo electrónico. Así tendréis mañana un punto de partida para la redacción final, si os parece bien. 20

—Nos parece estupendo, Inés; además tú escribes muy bien –dijo Dory.

—Bueno, pero tampoco hace falta que nos haga el borrador de la conclusión en verso, ¿eh? –dijo Irene. 25

—No es que sea necesario, pero tú no le quites la idea, que así nos vale el trabajo para Biología y para Lengua –dijo Quique mientras todos reían abiertamente.

—¿Dónde quedamos mañana? –preguntó finalmente Dory. 30

—Si queréis volvemos a quedar aquí –dijo Quique.

—Mejor, sí, que vives en el centro –dijo Irene.

—Entonces te mando a tu correo lo que escriba, ¿vale, Quique?

—Vale.

EPISODIO 7
Julio, Raúl y Simón

—¿Vas a jugar el próximo partido? –preguntó Julio a Raúl.

—Creo que sí. Fíjate qué bien va la rodilla –contestó Raúl girando la pierna–. Mañana vuelvo a revisión y creo que me dejen jugar. Por cierto, me suturó la madre de Quique; es enfermera. Cuando me dijo el traumatólogo que no tenía nada roto, casi le suelto un par de besos. 5

—¿Y qué es del portero? ¿Todavía seguís con el suplente? –preguntó Julio.

—Y para rato –contestó Raúl–. Si es que hay que joderse. Resulta que el tío tenía un hueso roto; pero, como es de no sé qué compañía y allí no había traumatólogo de guardia, le tuvieron esperando desde el sábado hasta el lunes para operarle. Y no te vayas a pensar que tuvo el accidente en un poblacho perdido, no. ¡En Talavera de la Reina! Una vergüenza. Venga, vamos a tomar algo. 10 15

—Joder, tío, ¿qué haces tú aquí? –exclamó Raúl reconociendo en el camarero a Simón, su antiguo compañero del instituto.

—Pues ya ves, ahorita mismo preguntar a dos clientes que acaban de entrar qué quieren tomar –respondió Simón con una sonrisa. 20

—Pues pon unas cañas, y tómate tú otra –dijo Raúl.

—Gracias, pero no sé si a mi jefe le gustaría... —contestó Simón mientras servía a sus antiguos compañeros.

—No habíamos vuelto a saber de ti por el instituto; la última noticia que tuvimos fue que ibas a pasar el verano recogiendo fruta, que te ibas a ir —dijo Julio.

5 —Y me fui. Pero la recogida de fruta se termina. Aunque no me puedo quejar. A veces me llaman de la obra en la que trabaja mi padre, me salen trabajos de camarero... En fin, que voy tirando. Pero echo de menos el instituto. Nunca se me va a olvidar la excursión a la sierra —dijo Simón.

10 —También nosotros te echamos de menos —dijo Julio cortésmente mientras pensaba en la facilidad con la que habían olvidado a todos los que habían dejado el instituto al acabar 4º de la ESO.

15 —¿Qué tal este año por allí? —preguntó Simón.

—De pena, tío. Ha venido un tipo de Biología que nos está mareando. A la mitad de la clase ya le ha comido el tarro y están en contra del progreso. Tenían ésos que irse a coger fruta, como tú, para darse cuenta de las ventajas de la mecanización y de la agricultura moderna, pero claro, como siempre han sido empollones... se piensan que eso de tener tractores, productos químicos y tecnología es un atraso y perjudica al medio ambiente —dijo Raúl muy convencido.

20 —Bueno, mi padre estuvo trabajando en los invernaderos de Almería y eso es mucho peor que trabajar en el campo y al aire libre, recogiendo fruta, vendimiando o lo que sea. Mi padre tuvo un problema muy grande porque con los abonos y todo lo que echan a las plantas resulta que le salió en la piel una cosa que no se quitaba con nada y que le picaba muchísimo. Fíjate que todavía tiene las señales... No se le han quitado y hace más
30 de un año de eso. Ahora trabaja en una obra y está encantado;

dice que es mucho mejor que estar debajo del plástico en el invernadero –dijo Simón.

Raúl le miró desconcertado.

—Bueno, macho, a veces pasan cosas así... También puedes subirte a un coche y tener un accidente, pero por eso no vamos a dejar de tener coches, que no tener coches sería peor –contestó finalmente Raúl. 5

—Puede que lleves razón, pero yo desde entonces ya no me como tranquilo los tomates, por si los han regado con eso –dijo Simón. 10

—¡Simón! ¿Es que no ves cómo está el otro lado de la barra? ¿Qué haces ahí? –apremió el jefe asomando la cabeza desde la puerta de la cocina.

—Discúlpeme, ahora mismo despacho –contestó Simón acudiendo al lugar donde varios clientes estaban esperando. 15

—Pero qué te pasa, tío. ¡Que estás en la Luna de Valencia! –exclamó Raúl viendo a Julio ensimismado.

—Estaba pensando en todo lo que ha dicho Simón. Después de la primera revolución industrial los obreros no vivían mejor, todo lo contrario... y la mortalidad infantil aumentó, y la dieta de las clases bajas se reducía casi a patatas... Mientras cada vez había más ferrocarriles. Es que me estaba acordando de lo que dimos con Álvaro en Economía... –Julio parecía volver a ensimismarse. 20

—Mira, eso son mandangas. Lo mismo da que vengan de Javier que de Álvaro. 25

EPISODIO 8

Sacando conclusiones

—Pensé que esto no tenía fin –dijo Irene.

—Os felicito. Creo que habéis hecho un trabajo realmente interesante. Ese profesor nuevo que tenéis en Biología sabe lo que se hace. Pero creo que sería todavía mejor si se planteara de manera interdisciplinar; estoy dando vueltas a la posibilidad de hacer algo parecido con mis alumnos, sobre biotecnología o sobre algún otro tema. Es curioso cómo nos empeñamos en dividir las materias como si nada tuvieran que ver las unas con las otras. Sobre este tema se podría trabajar desde la Biología, sí, pero también desde la Historia, desde la Química, desde la Filosofía, desde la Economía... –dijo Pedro. 5 10

—Y desde las Matemáticas –añadió Dory–. Anda que no hemos hechos estadísticas y gráficos...

—Y desde los idiomas, que también hemos traducido alguna cosa de alguna revista que nos ha traído Javier –añadió Quique. 15

—Además, es mucho más interesante trabajar de este modo –dijo Irene como pensando en voz alta–. El caso es que hemos trabajado más que cuando empollamos para un examen y yo tengo la sensación de haber aprendido muchas más cosas que estudiándome el libro, pero... También tengo muchas más dudas que antes de empezar –dijo Irene. 20

—Esa es una buena señal, Irene —dijo Pedro.

—Si usted lo dice... —contestó Irene no muy convencida.

—Por cierto, que eso de tener un padre que es profesor es un poco chocante, ¿no? —preguntó Dory mirando a Quique.

5 —Bueno, en el instituto a mí no me resulta chocante porque mi padre trabaja en otro instituto; y en casa es mi padre, no mi profesor —contestó Quique.

—Yo nunca quise que mis hijos estudiaran en el mismo instituto en el que yo trabajo para evitar ciertas situaciones... Pero
10 los profesores también tenemos familias e hijos, como todo el mundo. ¿En qué trabajan tus padres? —preguntó Pedro.

—Los dos trabajan en un banco —contestó Dory.

—Bueno, a lo mejor también es chocante trabajar con tu marido o con tu mujer —observó Pedro.

15 —Pues mis padres también trabajan los dos juntos. Tienen una pescadería —añadió Irene.

—¿Y es más raro tener un padre que da clases que un padre que te atiende en el banco o en el mercado? —preguntó Quique.

—No, si no es que sea más o menos raro. Pero es que yo no
20 hablo de muchas cosas de la clase con mis padres y tú sí hablas; por ejemplo de esto de la biotecnología —contestó Irene.

—Pues deberías hablar con ellos sobre todo esto —dijo Pedro—. Seguro que lo que habéis descubierto en este trabajo
25 también les afecta a ellos; y seguro que también pueden darte información sobre la procedencia del pescado, si se cría en piscifactorías o es capturado en el mar... A lo mejor podríais preguntar a los proveedores qué comen los peces en las piscifactorías... Incluso os podrían haber ayudado a obtener infor-
30 mación.

—Pues tiene usted razón; esta noche se lo voy a contar todo a mi abuela y a mis padres; y les voy a preguntar cosas –contestó Irene.

—Bueno, vamos a ver; yo también creo que esto vale para algo en la vida y que nos importa a todos, no es un rollazo más. Y merece la pena discutir sobre esto con todo el mundo, porque a todos nos afecta. Pero a mí no me gusta la conclusión que hemos sacado –se lamentó Dory. 5

—Pues es lo único en lo que hemos podido ponernos de acuerdo. Yo lo que más siento es que no hayamos sido capaces de ver que una ciencia o una tecnología que quedan fuera del control democrático porque es propiedad de unos pocos se convierte en un peligro para todos –dijo Quique. 10

—Y eso que en teoría todos decimos que somos demócratas... Y vivimos en una democracia –dijo Dory. 15

—La democracia no es algo que hayamos alcanzado y ya esté logrado. La democracia la tenemos que construir entre todos, día a día, empezando por nuestra vida cotidiana –dijo Pedro—. Hubo un tiempo en que detentaban el poder político los nobles; ahora ya no. Pero no habremos avanzado mucho si dejamos que decidan los políticos, o las multinacionales, o los científicos, o los expertos... A veces esto parece la lucha de David contra Goliat, pero yo espero que la ciudadanía sepa reivindicar sus derechos. Quizá eso sea lo más valioso que los profesores debiéramos enseñaros. Y no es fácil. Pero puede que trabajos como éste que habéis hecho, aunque la conclusión no os guste demasiado, sean un paso adelante. 20 25

EPISODIO 9

Ernesto recuerda su accidente

Una semana después, Ernesto, tendido en su cama, recordaba una y otra vez lo que había sucedido aquella mañana de julio, cuando se rompió el tobillo.

Había salido a correr con Norberto y Quique; querían estar en forma para intentar ganar el siguiente partido. Hacía un calor de mil demonios. No había llovido en los últimos dos meses y el polvo que se levantaba a su paso tenía un sabor acre. Ernesto iba el primero, y, tras él, Norberto y Quique le seguían a la par. 5

—¿Qué tal te va con Dory, tío? —oyó que decía Norberto a su espalda. 10

—De ninguna forma. Lo dejamos —dijo Ernesto sin girarse siquiera.

Norberto aceleró el paso hasta alcanzar a Ernesto. Al llegar a su altura, le dijo resoplando por el esfuerzo realizado:

—Perdona, macho... creía que te gustaba... que seguíais juntos... 15

—Y me gusta un montón. Pero, después de lo de Holanda, todo han sido malos rollos. Creo que le da demasiado al coco. No sé, ya me tenía agobiado. Pero ahora que pasa de mi... pues casi peor. Si es que no sé qué me pasa que, desde que la conocí en 3º de la ESO, no me la puedo quitar de la cabeza. Como si no hubiera más tías. 20

Corrían bordeando el río hasta que, sin consultar, Ernesto giró bruscamente a la izquierda. Subieron una loma reseca por el sol. El esfuerzo añadido impedía a Norberto seguir hablando.

5 —¿Y a ti, qué tal te va con Clara? —espetó Ernesto, mirando de reojo a su compañero.

Como Norberto tenía ya la cara congestionada y sudorosa, nada en su rostro delató su incomodidad por la inesperada pregunta. Pero su voz presentaba un cierto tartamudeo cuando dijo:

10 —Yo... ¿qué dices, tío? Con Clara, en plan colega y punto... Es una tía guay, un poco loro, a veces... Pero no es mi tipo...

Y, dando un codazo a Ernesto, con cierto aire cómplice, añadió:

15 —A mí la que me pone es Olga.

—Vaya noticia. A ti y a todo el mundo. Está para comérsela y se hace la estrecha con todos —y, girándose de repente hacia atrás, gritó—. ¡Eh, Quique! ¿Por qué no lo intentas con Olga?

20 —Tíos, no entiendo cómo podéis hablar y correr al mismo tiempo —susurró Quique.

Norberto, que hacía visibles esfuerzos por mantener el ritmo de Ernesto, aún pudo decirle:

—¿Te has fijado que hasta al muermo de Julio se le van los ojos cuando la ve?

25 —Es que lo tiene todo: piernas... caderas... y una delantera que ni el Manchester United. Encima la tía es elegante que te cagas —dijo Ernesto.

—Jo, macho, no puedo seguirte... —dijo Norberto frenando el paso hasta que Quique le dio alcance de nuevo mientras Ernesto tomaba una curva a la derecha y desaparecía de su vista.

—Oye, Ernesto tiene razón. Anímate... Eres nuestra esperanza. No sé cómo te lo montas, pero tienes a todas las tías de la clase en el bote –insistió Norberto.

—No digas gilipolleces. No me como una rosca. Claro que...

Un ruido pesado y seco llegó desde el otro lado de la curva 5
y a continuación resonó un grito de dolor. Quique y Norberto aceleraron el paso.

—¡Ya me he jodido el tobillo! ¡Mierda, mierda y mierda! –se lamentaba Ernesto tirado en el suelo.

—¡Pues sólo falta que te lesiones! –dijo Norberto. 10

—¿Te duele al girar? –preguntó Quique mientras manipulaba el tobillo de Ernesto. Un alarido se extendía por la pradera-. Tranqui, tranqui, que ya no te toco más. Ahora hay que buscar la manera de llevarte a la civilización y que te vea un médico. ¿Habéis traído el móvil? Yo dejé el mío en casa porque 15
estaba sin batería.

—Yo no lo he traído porque como me vine sin el chándal... En el bolsillo de los pantalones cortos se me cae –dijo Ernesto.

Ernesto y Quique miraron a Norberto.

—Pues lo siento, pero el mío está sin saldo desde hace días; 20
ya no puedo ni enviar un mensaje –dijo Norberto; y luego añadió-. Tío, y tú, ¿no podrás andar si te ayudamos?

—Sí, claro; a lo mejor resisto quince metros –contestó Ernesto con el dolor reflejado en el rostro.

—La única solución va a ser que Norberto o yo vayamos 25
corriendo a pedir ayuda mientras el otro se queda contigo –dijo Quique-. A mí me da igual ir que quedarme aquí.

—Vale; a mí también, pero, ¿a quién pedimos ayuda? Por este camino no pueden venir hasta aquí ni la ambulancia ni 30
ningún otro coche.

Los tres se miraron en silencio sin saber qué hacer. El ruido de un motor comenzó a zumbar a sus espaldas y los tres se pusieron a vociferar mientras Quique y Norberto saltaban y movían los brazos como desesperados. Pronto pudieron distinguir en la moto que se acercaba la silueta de Gerardo; y alguien más iba detrás, de paquete. Era Belén.

—No os podéis imaginar la alegría que nos produce veros —dijo Quique, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ah, sí? —preguntó Gerardo extrañado—. ¿Qué pasa, que tanto entrenamiento os ha afectado a las neuronas? Tan pronto os ponéis a hacer el gilipollas en mitad del campo como os volvéis más cursis que mi abuela.

—Que no, imbécil. ¿Es que no ves que no me puedo mover? —dijo Ernesto desde el suelo.

15 —¿Qué te pasa? —preguntó Belén.

—Pues que tiene el tobillo hecho polvo y no sabíamos qué hacer porque ningún coche podría llegar hasta aquí para recogerle. Pero con vosotros ha llegado la solución: tu moto —dijo Quique.

20 —Vale, yo te podría llevar, pero a ver qué hace Belén. ¿Y por qué no llamáis a tu casa para que tu familia venga a recogerte? —preguntó Gerardo.

—Porque no tenemos móvil —dijo Norberto.

—Pues yo os dejo el mío —dijo Gerardo.

25 —No, que mi padre no está. Y mi madre se va a llevar un susto de muerte. Hasta aquí no puede venir con el coche; si es que de aquí sólo puedo salir en moto —dijo Ernesto.

—Yo no voy a volver corriendo con vosotros, que no traigo deportivos; y andando no llego hasta mañana —advirtió Belén.

30 —Bueno, Norberto y yo podemos esperar aquí con Belén; Gerardo deja a Ernesto en el centro de salud, llama a su fami-

lia por teléfono para que se hagan cargo de él y vuelve a recogerlo con la moto; y luego nosotros podemos volver corriendo –propuso Quique.

Gerardo y Belén no parecían muy entusiasmados pero no se les ocurrió ninguna idea mejor. 5

—Pues venga, por lo menos date prisa en subir, tío. Yo no sé por qué tenéis que venir tan lejos a correr, ¡como si no hubiera campo alrededor del instituto! –protestó Gerardo.

—Pues igual de lejos venís otros, no se sabe bien a qué –contestó Ernesto en un tono bastante irónico. 10

—A lo que nos sale de las narices, que no es asunto tuyo, ¿vale? Y por lo menos venimos en moto –contestó Gerardo.

Ernesto iba a añadir que igual que a él se le había roto el tobillo, también se podía romper la moto, pero viendo la cara de pocos amigos de Gerardo prefirió callarse mientras Quique y Norberto le ayudaban a colocarse en el sitio que Belén había dejado libre. 15

EPISODIO 10

Hormigas, peces y ríos

Belén se sentó sobre la hierba con cara de aburrimiento. El viento ondulaba su larga melena. Estaba muy guapa con una camiseta de algodón y unos pantalones cortos. Pero su cara, siempre tan dulce, tenía un gesto de enfado.

—Por mí os podéis poner a hacer gimnasia, no vaya a saliros un trauma por perder un entrenamiento –dijo con mal humor. 5

—Bueno, la verdad es que estamos un poco cansados; y tampoco éste es el sitio ideal para hacer gimnasia, que donde menos te lo esperas te encuentras un cardo borriquero –dijo Quique sentándose también. 10

—Además, ya que os hemos estropeado los planes, lo menos que podemos hacer es acompañarte –añadió Norberto amablemente.

—Nosotros no teníamos planes; sólo habíamos salido a dar una vuelta en moto –contestó Belén en tono cortante. 15

—Pues mira por dónde; yo conozco a Gerardo desde la guardería y a mí todavía no me ha invitado nunca a dar una vuelta en moto por el campo –ironizó Norberto.

—Déjalo ya, tío. ¿Por qué no hablamos de algo interesante para matar el tiempo? –intervino Quique. 20

—Pues no sé de qué vamos a hablar, así, de repente –dijo Belén mordisqueando una hierba y contemplando una fila de hormigas.

Quique y Norberto se quedaron en silencio sin saber qué
5 decir. Finalmente Norberto preguntó:

—¿Y Clara? ¿Qué va a hacer esta tarde?

—¡Y yo qué sé lo que va a hacer Clara! Pregúntaselo a ella –casi gritó Belén.

—Bueno, me voy a dar una vuelta, que aquí el ambiente
10 parece un poco cargado –dijo Norberto mientras se alejaba hacia el río que quedaba a cierta distancia.

—Quique y Belén se quedaron contemplando las hormigas, admirando la organización de sus rutas y su laboriosidad incansable.

15 —Es curioso. Una sola de ellas resulta absolutamente indefensa; sin su capacidad para cooperar no sobrevivirían –observó Belén.

—Mira, allí está el hormiguero; ahora están todas almacenando comida para el invierno con una organización perfecta
20 –añadió Quique.

—A veces los animales nos dan lecciones a las personas. Nosotros parecemos incapaces de estar juntos y colaborar los unos con los otros más de diez minutos sin salir tarifando –dijo
25 Belén, que se sentía un poco culpable de haber sido tan borde con Norberto.

—Bueno, pero yo no sé si eso es mérito de las hormigas o limitación de sus capacidades. Quiero decir que una hormiga hace lo que tiene que hacer porque está condicionada genéticamente; no puede elegir. Estas hormigas trabajan como trabajaban sus abuelas y como trabajan las hormigas de Australia o
30 de América; y viven como ellas. Sin embargo los humanos tene-

mos que elegir la forma en que queremos vivir; y por eso somos también responsables de nuestras decisiones –dijo Quique.

—Recuerdo que nos contaron una vez en clase que hay hormigas-soldados; nacen así. Cuando hay un peligro, se enfrentan al enemigo hasta la muerte. Jamás huyen para salvar su vida; eso permite a las demás llegar al hormiguero y salvarse sin manifestar ninguna compasión por las compañeras que van a sacrificar su vida para que ellas puedan sobrevivir –recordó Belén. 5

—Para que sus compañeras puedan sobrevivir, no; para cumplir con su propia naturaleza. No son generosas ni altruistas; y tampoco las otras son egoístas; simplemente son hormigas-soldados y hormigas-obreras –dijo Quique. 10

Belén y Quique estaban ensimismados con las hormigas cuando oyeron gritar a Norberto: 15

—¡Eh, vosotros! Venid al río. Hay un montón de peces muertos.

Cuando Quique y Belén llegaron, vieron un montón de peces sobre la hierba de la orilla; Norberto los había sacado del agua.

—No me extraña que se mueran –dijo Belén–. El agua del río siempre huele que apesta. Está asquerosa. 20

—Sí, pero hasta hace poco los peces sobrevivían aquí, ¿no? Estos cadáveres de peces demuestran que hoy debe de estar más asquerosa que la semana pasada –contestó Norberto.

—Tienes razón. ¿Por qué se habrán muerto tantos peces de repente? –preguntó Belén. 25

Un zumbido comenzó a sonar a lo lejos; era la moto de Gerardo.

—¿Qué tal Ernesto? –preguntó Quique.

—Ya le han hecho una radiografía y dicen que tiene el tobillo roto. He llamado a su casa y su madre dijo que tardaría sólo 30

cinco minutos en llegar, así que me he venido; es que no puedo llegar tarde a comer porque hoy tenemos invitados –Gerardo se quedó mirando el montón de peces sobre la hierba–. ¿Y eso?

—Hay más en el río; todos muertos –contestó Belén.

5 —Lo mismo han vuelto a soltar al río los purines de la granja nueva. Hace unos meses les pusieron una multa por ese motivo, pero fue tan ridícula que no me extraña que sigan contaminando. ¿No os acordáis que salió todo en el periódico local que nos dejan en todos los buzones? Es más barato pagar
10 las multas que instalar depuradoras –dijo Gerardo.

—Bueno, pero quizá nos estemos precipitando. También pueden haber sido las fábricas del polígono –dijo Quique–. Oye, ¿por qué no nos llevamos unos cuantos peces al ayuntamiento y decimos lo que hemos visto?

15 —Vale, tío, te los metes en la camiseta y te vas corriendo con ellos a casa –contestó Norberto.

—Si encontramos una bolsa nosotros los podemos llevar en la moto –propuso Belén.

20 —Se te olvida un detalle: las bolsas no crecen en el campo como las amapolas –ironizó Norberto.

—Y además eso apesta mucho, ¿eh? –añadió Gerardo.

—Bueno, si los lleváis vosotros, yo los envuelvo en la chaqueta de mi chándal; total, el otro día se me rompió por el codo –dijo Quique.

25 —Si cuando yo digo que el entrenamiento excesivo derrite el cerebro... –dijo Gerardo.

—Venga, vamos a anudar las mangas que yo los guardo y luego los llevamos al ayuntamiento –dijo Belén.

30 —Pues no parece que el cerebro de los deportistas sea el único que se derrite –añadió Norberto viendo la disposición de Belén.

—Bueno, haced lo que os dé la gana, pero de prisa; vamos, Belén, y ten cuidado de no pringarme la moto —contestó Gerardo.

—¿Sabes que te digo? Que Gerardo es la persona más sensata que he visto en toda la mañana. Alrededor del instituto hay mucho campo para correr; y este menda no se vuelve a alejar de la civilización más de medio kilómetro —se lamentaba Norberto. 5

Habían empezado corriendo, pero el sol calentaba de verdad; ahora iban andando y el camino de vuelta parecía estirarse más y más. 10

Al bajar una cuesta vieron a una familia que estaba terminado de comer a la sombra de unos árboles. Les pidieron un poco de agua fresca.

—Sentaos un rato a descansar si queréis. Yo voy a cambiar el aceite al coche —dijo el padre amablemente. 15

Norberto y Quique ya habían recuperado fuerzas y se disponían a marcharse. Estaban dando las gracias a la madre cuando Quique vio que el padre se acercaba al río con el aceite usado. Antes de que le diera tiempo a hablar, vio cómo lo tiraba y el agua se teñía de oscuro. 20

—¿Por qué ha hecho eso? ¿No sabe que está prohibido arrojar residuos contaminantes al río? —preguntó Quique.

—¿Acaso es tuyo el río, chaval?

—El río es de todos, mío también. Y no me parece bien que se contamine —respondió Quique. 25

—Oye, que yo no soy el responsable de toda la mierda que tiene, ¿eh? Si al río sólo fuera a parar el aceite que yo he echado, estaría más limpio que el nacimiento del Amazonas. 30

—Claro, pero supongo que lo mismo puede decir cada uno de los responsables de que el río esté contaminado, de que los

peces se mueran o de que ya nadie se pueda bañar aquí –se lamentó Quique.

—Venga, tío, vámonos –dijo Norberto mientras arrastraba a Quique.

5 —Si pusieran muchas millonarias ya verías como todos estos irresponsables espabilaban –dijo Quique.

—Seguro que sí; se las arreglarían para que nadie les viera contaminar y seguirían haciendo lo mismo –respondió Norberto.

EPISODIO 11

Apren­diendo a ejercer la ciudadanía

Cuando llegaron Clara, Herminia y Alicia ya no cabía tanta gente en la habitación de Ernesto, así que se fueron a la buhardilla. Entre Felipe y Norberto subieron a Ernesto a la silla de la reina por la escalera.

—Oye, mola cantidad esto de vivir en un chalet, ¿eh? Desde aquí se ve la piscina. ¡Qué gozada tener una piscina en tu casa y bañarte cuando te dé la gana! —dijo Clara asomándose a la ventana inclinada del tejado de la buhardilla. 5

—Sí, no veas la gozada que es contemplar la piscina sin poder bañarte; llevo dos días con la escayola y estoy hasta el culo —se lamentó Ernesto. 10

—Pues tómatelo con calma, porque lo mismo te va a dar. Además, ya vendremos los amigos a bañarnos y a hacerte compañía —le consoló Clara.

—Ya, ya veo lo mucho que me apreciáis; sobre todo cuando no sabéis a dónde ir con este calor —ironizó Ernesto. 15

—Bueno, no te quejes tanto, que Norberto y Felipe se han comprometido a llevarte a todos los partidos. ¡Si hasta Mohamed se ha ofrecido para sustituirlos en caso de que algún día no puedan recogerte o acompañarte a casa. En el entrenamiento de esta mañana cargó con el maromo éste por todas las gradas, porque allí no se puede uno manejar con las muletas. 20

Y en el descanso lo llevó al otro extremo del campo, para que viera mejor los tiros a puerta –dijo Quique.

Ernesto no dijo nada; él había sido el primer sorprendido por las atenciones que tenía Mohamed desde que se había roto
5 el tobillo. Y otros que él creía que eran sus amigos de verdad...

—Y, si quieres, el jueves te vienes con Clara y conmigo al cine –dijo Alicia.

—¿Y a mí no me vais a llevar hasta que no me rompa un
10 tobillo? –preguntó Norberto.

Todos se echaron a reír.

—Oye, ¿cuántos ordenadores tienes? Si tenías otro en tu habitación –dijo Felipe.

—No, si éste es de mi hermana –contestó Ernesto.

—Pues está que te cagas, ¿no? Menuda impresora más guay
15 –dijo Felipe.

—Sí, es mucho mejor que el mío; si es que con eso de que está haciendo Arquitectura le comió el tarro a mis padres y se lo compraron; total, que a mí me tocó quedarme con el viejo; éste no puedo ni olerlo.

20 —Pues vaya hermana más borde que tienes, ¿no? En casa sólo tenemos uno, y bastante cutre; pero lo usamos todos –se extrañó Norberto.

—Si es que hará un par de meses metí un juego, que mola cantidad, que yo no sabía que tenía un virus. El caso es que mi
25 hermana tenía un montón de trabajos en el ordenador; o eso decía ella. Total que se puso como una fiera y le metió una clave que no le ha dicho a nadie.

—¿Y tus padres qué dicen?

30 —No, si encima le dan la razón; como es la lista... Según ellos, yo lo único que hago es chatear, y dicen que para eso me basta y me sobra con el otro; se tiraron más de una semana

echándome la charla y diciéndome que mejor haría cogiendo los libros y dejándome de ordenadores; claro, como ella es una empollona y siempre lo aprueba todo...

—¡Ernesto, suben otros dos amigos tuyos, que acaban de llegar!

5

—¡Vale, mamá! –contestó Ernesto.

Eran Belén y Gerardo.

—Hace un calor que se van a derretir las moscas –se quejó Gerardo dejándose caer en una butaca.

—Norberto, saca agua fresca de la nevera, no se nos vayan a deshidratar estos dos. Venís congestionados –dijo Ernesto.

10

—Ya podían citar a otras horas en el ayuntamiento –dijo Gerardo.

—¿Qué os han dicho? –preguntó Herminia.

—¡Pues nada! ¡Qué nos van a decir! Que ya averiguarán si se ha infringido alguna norma y que muchas gracias –dijo Gerardo después de beber.

15

—¡Pues vaya explicación! ¿Es que no han visto los peces muertos? –dijo Alicia.

—Bueno, el señor que nos ha recibido no los había visto. Parece ser que los tiraron porque olían muy mal. Y no me extraña, claro, ya apestaban ayer cuando los dejamos... con que hoy... Pero ha sido muy amable y nos ha atendido muy bien –dijo Belén.

20

—No, si sólo faltaba que se hubiera puesto borde. A ése le voy a llevar yo la chaqueta de mi chándal que por más que la lava mi madre no se va la peste. A ver si es que necesita más pruebas. Bueno, ¿y cuándo os van a dar una respuesta? –dijo Quique.

25

—Es que yo no sé si nos responderán algo más. Ya nos han atendido y ya han puesto el asunto en manos de quien corresponde –dijo Belén.

30

—¡Cojonudo! Y vosotros os vais tan contentos –dijo Quique en tono airado.

—¡Pues otra vez vas tú! –contestó Gerardo.

—Ya me hubiera gustado, ya. Sólo que Belén dio su nombre
5 y el tuyo; no el mío. Que Norberto y yo bastante tuvimos con llegar a casa –contestó Quique.

—Si esto pasa por meternos donde no nos llaman; total, para no sacar en claro nada. Si Norberto y yo lo decíamos desde el principio –dijo Gerardo.

10 —Bueno, no os enfadéis que entonces será cuando no avancemos nada ¿Por qué no hablamos serenamente para intentar aclararnos sobre lo que esperábamos, sobre lo que ha pasado en el ayuntamiento o sobre lo que podemos hacer? –propuso Herminia.

15 Apenas había terminado de hablar cuando la madre de Ernesto entró en la buhardilla con el teléfono.

—Es para ti, Ernesto.

—Gracias. Dígame (...) ¡Ah, eres tú! “Es Mohamed” –dijo Ernesto tapando el teléfono con la mano– (...) Joder, tío, te lo
20 agradezco de veras, pero la verdad es que no estoy aburrido porque está aquí media clase. (...) Vale, otro día; y gracias por acordarte de un pobre inválido. Bueno, pero, espera. Oye, ¿por qué no te animas y te vienes con nosotros aquí, a mi casa? (...) Pero si es muy fácil llegar hasta aquí desde el instituto...

25 Clara arrebató el teléfono de las manos a Ernesto, que casi se cae de la silla de la embestida.

—Mohamed, soy Clara y, si se te ocurre darme calabazas, me ofenderé profundamente, ¿eh? Además, íbamos a empezar a hablar de un asunto muy importante y nos gustaría saber tu
30 opinión (...) Yo bajo a buscarte. Quedamos en la puerta de la bolera; Ernesto vive cerca (...) Hasta ahora mismo.

—Oye, rica, ¿a ti no te ha enseñado nadie buenos modales?
—preguntó Ernesto.

—Sí, pero los guarda todos para Mohamed —contestó
Norberto.

Clara no se molestó en contestar a ninguno de los dos y 5
salió disparada.

—No me puedo creer que Mohamed vaya a venir —dijo
Felipe—. Como no sea en el instituto, sólo le vemos el pelo en
los entrenamientos; pero, en cuanto terminamos, coge su bolsa
y se esfuma; jamás se ha tomado algo con nosotros. 10

—Bueno, a ver si nadie se pone borde, le escuchamos con
atención y le hacemos sentirse bien —dijo Belén.

—Pues a ver si empezáis por no besarle los pies cuando
entre —dijo Quique.

—Tienes razón —contestó Alicia—. Lo mejor que podemos 15
hacer es comportarnos con naturalidad. Además, una sesión
de discusión es un ambiente semejante a cualquier clase de
Filosofía con lo que no será nada extraño; por lo menos no nos
quedaremos sin saber de qué hablar.

La madre de Ernesto se dirigía a la buhardilla con una 20
bandeja cargada de galletas, zumos y una jarra de cacao bien
frío cuando el timbre sonó una vez más. Al ver a otros dos
amigos de su hijo, comenzó a plantearse dónde podría meter-
los a todos cuando ya no cupiesen en la buhardilla (ya no
recordaba que Clara era la misma que había llamado una hora 25
antes y que, por tanto, sólo venía uno más).

No hizo falta poner a Mohamed en antecedentes de la situa-
ción. Aquella misma mañana, habían tenido entrenamiento y
Norberto y Quique habían contado a todo el equipo la aventura
del día anterior; todos habían dejado su autógrafo en la esca- 30
yola de Ernesto que, en vez de entrenar, pasó el rato mirando

a sus compañeros desde las gradas. Además, por el camino Clara le contó las noticias que habían traído Gerardo y Belén del ayuntamiento.

—Venga, acabad de serviros lo que queráis que luego no vamos a interrumpir –dijo Ernesto–. A mí me ponéis un cacao fresco. ¿Quieres tú también un cacao, Mohamed?

—No, gracias, prefiero zumo.

Belén le sirvió uno mientras Quique repartía las galletas y Clara iba distribuyendo más vasos con cacao.

—A ver, Herminia, tú mandas –dijo Norberto.

—Lo que voy a hacer es empezar a cobrar –contestó Herminia, que ya se había agenciado un papel y un bolígrafo–. Quique, eres el primero.

—A mí me gustaría saber si los ciudadanos de un país democrático tenemos derecho a estar informados del impacto medioambiental de las industrias y la agricultura.

—Gerardo –dijo Herminia.

—Bueno, es evidente que tenemos derecho a recibir información; pero dentro de unos límites. Vamos a ver: si a mí me enseñan un análisis químico del agua del río no me entero bien porque la Química se me da de pena. Por eso, lo que hay que procurar es que haya expertos que se encarguen. También me vacuno para la alergia sin saber la composición de la vacuna. Para eso está el médico, ¿no? La culpa de que nos hayamos creído capaces de resolver el problema del medio ambiente llevando unos peces podridos al ayuntamiento la tienen las películas. Para eso habrá guardas, y mecanismos de control, y leyes, y... ¡yo qué sé!

—Yo no estoy de acuerdo –saltó Clara.

—Pero no es tu turno; le toca a Alicia –cortó Herminia mientras apuntaba a Clara al final de la lista.

—Mira, quizá la composición química de una vacuna sea mucha complicación para algunos; pero saber cómo actúa, qué beneficios puede tener, cuáles son sus efectos secundarios... es fundamental si queremos que sea el paciente y no el médico el que decida si se vacuna, si se opera o si sigue un tratamiento. Y la obligación del médico es explicárselo —dijo Alicia. 5

—Pues compadezco al médico de mi abuelo, que tiene demencia senil. El sábado pasado lió una buena porque no querían darle el flúor que el dentista le ha mandado a mi primo; y a él ya no le queda ningún diente, que todos los tiene postizos —dijo Felipe. 10

—Bueno, vale ya, que te has colado. Belén.

—Yo creo que el ejemplo de tu abuelo es un caso extremo. La cuestión es si muchas veces los médicos dan las explicaciones debidas a los pacientes que están en su sano juicio. 15

—Ni falta que hace —intervino Felipe—. El que sabe lo que le conviene al paciente es el médico. Si es que con esto de la democracia todos queremos entender de todo. Vamos a ver; cuando Ernesto se rompió el pie, no sometimos a votación entre todos el tipo de escayola que necesitaba ¿no? Fue el médico el que lo decidió, afortunadamente para Ernesto. Y conste que Ernesto no está “de la olla” como mi abuelo. 20

—Fijaos en esto —interrumpió Norberto—. Nos acabamos de comer galletas con maíz modificado. Y vaya usted a saber si se trata de una modificación sin importancia o de una modificación transgénica. Mientras no haya obligación de etiquetar con distintivos claros y que no resulten ambiguos todos los productos que contengan ingredientes transgénicos... ¿Os acordáis de las actividades que se organizaron en el instituto el Día del Consumidor? No sé por qué nos preocupamos tanto de un río 25 30 mientras nos comemos cualquier cosa.

—Bueno, tampoco exageres, que para comercializar un alimento primero tiene que pasar por muchos controles. Os aseguro que llevo años comiendo estas galletas; si fueran ciertas esas mandangas de los ecologistas yo ya estaría muerto.

5 Digo yo lo que Felipe: las autoridades sabrán qué mecanismos de control hay que establecer, como el médico sabe cómo me tiene que escayolar el pie, que no pienso ponerme en vuestras manos. Y le agradezco a mi madre que me obligara a vacunarme a pesar de que una vez la emprendí a patadas con ella, con

10 la enfermera y con un celador bien grande que trajeron a ver si podía conmigo, ¡con explicaciones iban a venirme a mí!

—Volvemos a lo mismo –dijo Alicia–. A lo mejor hay que obligar a un niño a vacunarse, pero, ¿podemos obligar a un adulto en su sano juicio a hacerse una transfusión si no lo desea?

15 Cuando se operó mi abuela había en la cama de al lado una señora que se había roto la cadera y no quería operarse porque se negaba a que la transfundieran sangre; llevaba en reposo un mes y quedaba más de otro tanto para que soldara el hueso.

—Claro, y mientras, que pague la Seguridad Social, ¿no? A esa le llevaba yo una docena de celadores bien entrenados y le metía la transfusión por las orejas, ¿no te jode? –dijo Ernesto.

20 Y si tiene derecho a decidir porque para eso es ciudadana de un país libre, que se vaya a su casa y que en su casa haga lo que la dé la gana, pero que no ocupe una cama que pagamos entre

25 todos –dijo Ernesto.

—No, si éste al final se escaqueó de la vacuna contra la burrez –dijo Clara.

—Aquí la única burra que hay eres tú. ¿No quedamos en que en una democracia todo el mundo tiene derecho a decir lo que

30 piensa? Vamos a acabar diciendo a los médicos lo que nos tienen que recetar pero sin poder contradecir a Clarita.

—Bueno, bueno, calma –dijo Quique. Vamos a ver si recapitulamos. Que de la pregunta que yo planteé al principio nos hemos desviado a los derechos de los enfermos y a los alimentos transgénicos. Y son temas tan interesantes como el que yo propuse, pero, como no nos centremos en algo, no vamos a llegar a nada. 5

—No, Quique, no nos hemos desviado, ¿no te das cuenta? Todo se reduce a lo mismo –intervino Alicia–. Se trata de ver si el ciudadano tiene derecho a recibir información cuando va al médico, cuando la agricultura o la industria repercuten en el medio ambiente o cuando consumimos productos modificados genéticamente. Y, sobre todo, si tiene derecho a opinar y a participar en las decisiones o si esas decisiones corresponden a los médicos, a los técnicos o a los políticos. Algunos han defendido que, puesto que las decisiones requieren preparación, deben tomarlas quienes estén preparados. Otros pensamos que, puesto que las consecuencias nos afectan a todos, todos tenemos derecho a decidir. 10 15

Todos se quedaron reflexionando un rato; finalmente, Ernesto dijo: 20

—Conste que no es por “joder la marrana” y que, además, la intervención de Alicia nos ha aclarado bastante a todos; bueno, por lo menos a mí me ha aclarado bastante. Pero sigo pensando que los que defendemos que las decisiones las tomen los expertos sí hemos dado razones y, además, también hemos puesto algún ejemplo de cómo no se puede permitir que cada uno haga lo que le dé la gana porque para eso vivimos en democracia, si resulta que las consecuencias las tenemos que pagar entre todos, como cuando alguno se niega a que le operen. Pero yo no recuerdo haber oído las razones de los que defendéis la posición opuesta. 25 30

—Quizá tienes razón en que no hemos sabido argumentar bien por qué nos parece mal que las decisiones las tomen sólo los expertos o que tengamos que aceptar sin discusión cualquier norma sólo porque cuente con un voto mayoritario. Pero
5 a mí me parece que lo más razonable es que se tomen en consideración todas las opiniones y en especial las de los afectados en cada caso. Por otro lado, el ejemplo al que te refieres creo que no demuestra nada, no es un buen argumento. No sé por qué nos escandalizamos de lo que cuesta una cama de una
10 persona que se niega a operarse y nadie se escandalizaba de lo que cuesta atender a todos los enfermos que provoca el tabaco y hasta se ha permitido hacer publicidad. Si a un enfermo con cáncer de pulmón no se le manda a su casa porque ya sabía él que no debería de haber fumado durante treinta años
15 dos paquetes diarios, si su tratamiento lo pagamos entre todos, ¿por qué nos parece injusto pagar la estancia en el hospital de la señora que no se quería operar hasta que el hueso suelde? —dijo Quique—. Además, habría que ver si las restricciones que ya se están poniendo a la publicidad del tabaco se ponen para
20 cuidar nuestra salud o si se ponen porque los enfermos a causa del tabaco ya no mueren pronto y nos salen baratos, sino que están empezando a convertirse en enfermos que viven bastantes años y que, por tanto, nos salen caros. Y puede que condenemos a las empresas productoras de tabaco, pero seguro que
25 también consideramos que los enfermos a causa del tabaco son, en todo caso, víctimas, y a nadie se le ocurriría echarles del hospital.

—Efectivamente, eso es justo lo que yo quería decir. Sólo que, como me puse un poco burra, al final no dejé claro que eso
30 es precisamente lo que discutimos aquel día que Venancio vino de guardia a nuestra clase. ¿Por qué nos cuesta tanto enten-

demos con otras culturas? Al mismo tiempo que nos duele que otros, diferentes a nosotros, se nieguen a aceptar una transfusión y cortamos por lo sano reduciendo el asunto a la cuestión de si pagamos o no la factura de su estancia en el hospital, nos parecía normal hasta hace muy poco que se hiciera publicidad del tabaco y nadie se metía con los que se estaban enriqueciendo a costa de la salud de un montón de gente y del bolsillo de ellos y de todos los demás ciudadanos que costeamos los tratamientos. ¿Se permitiría a algunos salir por la tele anunciando los inconvenientes de las transfusiones de sangre con los sofisticados procedimientos de persuasión que utiliza la publicidad, aunque luego tuvieran que poner debajo que nuestra salud está en juego, como los anuncios de tabaco? —dijo Clara paseando la mirada por todos sus amigos.

—Pues seguramente que no; pero tampoco la solución consiste en dejar hacer publicidad y utilizar mecanismos de persuasión para todo lo imaginable. A lo mejor se trata de informar para que la gente sea capaz de decidir por sí misma. Yo no puedo formular en este momento las razones por las que todos tenemos derecho a decidir si queremos seguir un tratamiento médico o si queremos tomar productos transgénicos, pero me parece que debe de haberlas porque, si no fuera así, ¿no tendrían razón los dictadores? ¿Qué sentido tiene que en una democracia todos votemos a quienes han de hacer las leyes si luego ya no podemos saber ni qué leyes hacen, ni si hay otras alternativas, puesto que nosotros no somos expertos y no entendemos? Oye, el año que viene vamos a votar todos. ¿Para qué nos vamos a molestar si no sabemos a quién votamos? Yo no sé la política medio-ambiental del actual alcalde; y, si pongo una denuncia, me dicen que ya se encargarán los expertos, pero no me explican más. ¿Cómo sé yo a quién voto en las

próximas elecciones municipales si no tengo derecho a recibir información porque no entiendo? –preguntó Quique.

—Pues por la publicidad y las campañas electorales. Como no nos espabilemos, los políticos harán con nosotros lo mismo que
5 las multinacionales del tabaco: persuadirnos con la publicidad en lugar de informarnos. Ya verás lo guapos que salen todos en las fotos que nos meten en los buzones en las campañas electorales –dijo Alicia–. Y así podrán hacer lo que ellos quieran, con el respaldo de unos votantes a los que no hay que pedir opinión,
10 pero cuya salud está en juego; y que además pagarán los tratamientos de los enfermos que produzca el tabaco o de los que produzcan los productos transgénicos dentro de treinta años; habrá que ver quién indemniza a todos los perjudicados por las vacas locas, ¿os acordáis de todo aquello? Inicialmente todo pare-
15 cía inofensivo; conseguir que las vacas dieran más leche incluso podría parecer un progreso que permite producir más alimentos para la humanidad. ¿Tienen los políticos derecho a decidir por nosotros que no se etiqueten debidamente los productos trans-
20 génicos hasta que no se demuestre que son perjudiciales o tenemos derecho todos los ciudadanos a estar informados de lo que consumimos y decidir por nosotros mismos si queremos correr el riesgo de asumir los efectos a largo plazo de estos productos?

—Perdonad la interrupción, que os veo muy concentrados –dijo la madre de Ernesto, entrando en la buhardilla–. Ernesto,
25 papá y yo vamos a salir a dar una vuelta. He dejado la cena para tu hermana y para ti en la cocina; no tenéis más que meterla en el microondas. Tu hermana llegará dentro de un rato, así que cuando queráis cenáis los dos, que papá y yo vendremos tarde; si necesitas algo, se lo pides a ella.

30 —Nosotros nos encargamos de bajarle, no se preocupe –dijo Felipe.

—Sí, pero ahora mismo, que se ha hecho tardísimo –añadió Belén consultando la hora en su móvil.

—Así que os vais todos y me dejáis abandonado –se lamentó Ernesto.

—Pobrecito –se compadeció Norberto–. No te preocupes 5
que, si te mueres, todos iremos a tu entierro.

—Yo me había olvidado por completo de Mohamed. Fíjate, no le hemos hecho ni caso y parece tan contento –susurró Belén a Herminia.

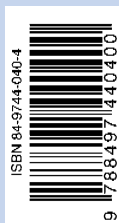
—Pues a lo mejor es precisamente por eso –contestó 10
Herminia.

La casa de Felipe y la de Mohamed estaban en la misma dirección. Los dos se fueron juntos cambiando impresiones sobre el siguiente partido que tenían que jugar.

Ya hace tiempo que la ciencia y la tecnología traspasaron los límites de los laboratorios y de las fábricas y se instalaron no sólo en las grandes estructuras sociales, sino también en las relaciones individuales, en nuestras casas, en las aulas... en nuestra vida cotidiana, en definitiva.

Sin embargo, no parece que la participación en la toma de decisiones sobre política científica y tecnológica se reconozca como un derecho de la ciudadanía; más bien se alega la necesaria especialización para justificar la delegación en los políticos, los expertos... o las multinacionales. Incluso algunos intentan convencernos de que el desarrollo científico y tecnológico sigue su propia lógica interna, que debemos aceptar, como se aceptan las leyes de la naturaleza.

El control público y democrático de la política científica y tecnológica es condición de posibilidad de la auténtica democracia, que, en el siglo XXI, será necesariamente supranacional e intercultural.



DOCE
CALLES